

UN SIGLO DE CULTURA EN MÉXICO (1820-1910)

Juan Pascual Gay¹⁰

RESUMEN

Este artículo quiere levantar un mapa cultural de México en el periodo comprendido entre 1820 y 1910. De manera general, el siglo XIX es el siglo no sólo de la creación de las instituciones políticas y sociales, sino también el de la gestación y consolidación de las culturales; así, junto a los nombres más destacados del siglo, aparecen en estas páginas las empresas editoriales más importantes, así como academias y sociedades de conferencias, que permitieron afrontar el siglo de la independencia con ciertas garantías en lo que se refiere a la educación del nuevo país.

PALABRAS CLAVE

Independencia, revolución, cultura, escritores, educación.

ABSTRACT

This article wants to highlight a cultural map of Mexico in the period between 1820 and 1910. In general, the 19th is the century not only of the creation of political and social institutions, but also of the gestation and consolidation of the cultural ones; thus, in these pages, next to the most prominent names of the century also appear those of the leading publishing companies, as well as of the academies and conference circles, which made it possible to tackle the century of independence with certain guarantees regarding the education of the new country.

KEY WORDS

Independence, revolution, culture, writers, education.

10 Profesor-investigador del Colegio de San Luis, México. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores. **Contacto:** jpascual@colsan.edu.mx

La cultura en México en el periodo comprendido en la celebración del bicentenario tiene dos hitos que la jalonan y, al mismo tiempo, la dotan de significado: la independencia de 1820 y la revolución que se inicia en 1910. Dos momentos que acotan este periodo histórico y que a la vez explican la cultura dependiendo de estos procesos políticos, históricos y sociales, pero también al margen de ellos, particularmente a fines del siglo XIX. En 1821 México alcanzaba definitivamente su emancipación de España y se constituía formalmente como nación independiente y soberana; pero había que llenar de sentido esa independencia formal, un sentido que debía ampararse en la ciudadanía. México, en 1921, era un país, pero no tenía ciudadanos; es decir, no tenía una base social lo suficientemente instruida para enfrentar las exigencias derivadas de la lucha armada. 1821 marca el comienzo de una revolución en lo social y cultural. Escribe Vicente Quirarte:

Desde la madrugada de Dolores, donde el cura de la parroquia toma la decisión más importante de su vida el 16 de septiembre de 1810, hasta la plena consumación de la independencia política en el Cerro de las Campanas el 19 de junio de 1867, con el fusilamiento de un monarca europeo y los restos de la reacción conservadora, México luchó ininterrumpidamente por encontrar y obtener el tipo de gobierno que la mayor parte de los habitantes anhelaba. Dolores fue el nacimiento de la nación que más de medio siglo después alcanzaría en Querétaro su mayoría de edad. Sólo entonces México lograría respeto, solidez y credibilidad en el concierto universal para llevar a la práctica los principios que le habían dado nacimiento como república. (2009: 187)

Quirarte levanta un mapa político, ajustado y preciso, de las vicisitudes por las que pasa México entre 1821 y 1910; una cartografía que señala los relieves y depresiones más relevantes para convenir un retrato nacional que no desvirtúa en modo alguno la biografía del país. Hechos, hitos, sucesos que, sin embargo, están cosidos por un pensamiento, una cultura, un arte y una literatura que si no alcanza a mostrarse en estas líneas, explican, sin embargo, precisamente esos mismos hechos, hitos y sucesos. La vida de un país por detrás de su apariencia, de su físico, de su geografía; una vida invisible que, sin embargo, es la que mantiene y sostiene esa otra vida que advertimos y a la que nos asomamos sin la que ésta no estaría dotada de significado y sentido. Pero la emancipación mexicana creó sus propios tipos tanto en el orden social y político como en el artístico y cultural; entre ellos, ninguno más relevante que el del caudillo como se ha encargado de subrayar en numerosas ocasiones Enrique Krauze. Para el historiador:

El hundimiento del orden histórico español provocó en toda América Latina la aparición de caudillos. Entre nosotros la palabra no tiene, por fuerza, connotaciones negativas. Eran los hombres fuertes, los nuevos “condioteros”, los jefes, los dueños de vidas y haciendas, los herederos del arquetipo hispanoárabe que blandía la reluciente cimitarra, o los émulos caballeros medievales que “se alzaban con el reino”. Este proceso se repitió en México en el siglo XIX, aunque con una particularidad. Los caudillos mexicanos tenían algo que iba más allá del mero carisma: un halo religioso, ligado en ocasiones al providencialismo, otras a la idolatría, a veces a la tecnocracia. En todo caso, una concomitancia con lo sagrado. (1994: 17-18).

Es cierto que Krauze aplica, en esta ocasión, el vocablo “caudillo” a los procesos políticos, pero no se le escapa que el caudillaje ha sido una forma de ejercer el poder en México que se ha permeado todos sus ámbitos de organización, al que no ha sido ajeno el cultural como demostró hace tiempo en su texto *Caudillos culturales de la revolución mexicana*. El caudillaje es un fenómeno que impregna todas las manifestaciones públicas mexicanas y está presente en cualquier ámbito de la vida. La historia cultural en México desde el siglo XIX está marcada por la presencia de este fenómeno. Sin embargo, el siglo XIX fue más que eso: pues es el periodo en el que México se lanzó en busca de su expresión y de su reconocimiento; es la etapa de esa indagación, de búsqueda y pesquisa que se desplegó de muchas maneras con un vigor y una vitalidad extraordinarios y desconocidos hasta entonces. Acaso, por eso, en el siglo XIX surgen, junto con los caudillos, aventureros y oportunistas, héroes que se unieron a las armas, a las letras, como demuestra Quirarte es su admirable “México entre dos amaneceres: las armas en las letras”.

Describe así Quirarte el siglo XIX:

El siglo XIX será un tiempo de virtudes amplificadas y defectos hiperbólicos. Tiempo de corsarios de guante amarillo que cambian de nombre pero no de costumbres –petimetres, currutacos, leones, dandis y lagartijos-; de planes redentores y remedios tan radicales como fallidos, tan imposibles como milagrosos. Tiempo de militares que modifican, de un día para otro, el mapa geopolítico de la ciudad, y pasean sus entorchados al lado de las sotanas, también defensoras de su fuero; tiempo de civiles que, encabezados por un indígena que

hace de la levita el símbolo de la autoridad, dotan al naciente país de instituciones, de garantías individuales, de herramientas progresistas. El siglo XIX. Lo vocean los pregones urbanos de indígenas que ofrecen su mercancía desde el pueblo de Tacuba; el mismo aire malsano y corrompido donde un francés de apellido Merolock, con su discurso barroco, hueco y envolvente, bautizará al linaje de los que hacen de la palabra artículo vendible. Lo presentan al mundo ciudadanos que saltan, de la noche a la mañana, del anonimato al escenario de la Historia. Hombres que son ciudad, que toman la calle y reivindican su lugar en el mundo. Tiempo en que el individuo participa directa y activamente en la toma de decisiones y formula tropos políticos y metáforas sociales que hasta el día de hoy nos determinan. El siglo XIX mexicano. Lo ponen en venta sus canallas. Lo ofrecen al mejor postor y sin escrúpulos. Lo salvan de la ruina sus milagros y sus mártires laicos, sus fusilados y sus pensadores. (2009: 187)

Un siglo de contradicciones y convulsiones, de logros y fracasos, de cimas y simas; cien años para consolidar la independencia y preparar la revolución. Un siglo en busca de una expresión que nutriera el discurso político y social; cien años que se traducen en la indagación acerca de lo que no existía hasta hacía poco; la búsqueda del ser de lo desconocido e ignorado; pero una búsqueda necesaria para la educación y la instrucción. El siglo XIX es el siglo de la palabra que dota de sentido la realidad; de la expresión justa que opera como descubridora de un escenario que parece revelarse de repente. Esta urgencia y exigencia de la palabra tuvo en México a partir de 1820 sus consecuencias. Luis González y González retrata el advenimiento de la nueva nación:

La consumación de la independencia produce gran entusiasmo. En todas las poblaciones se hacen desfiles con carrozas alegóricas; se construyen arcos de triunfo; hay juegos pirotécnicos y muchas muestras de regocijo general. Los poetas componen odas, sonetos, canciones, marchas y coplas alusivos a la patria liberada. Nacen varios periódicos; se publican folletos; se lanzan hojas volantes y se intercambian cartas que se refieren obsesivamente al hecho de la consumación de la Independencia. Se habla de la riqueza y variedad económica de México; se dice que la nueva patria, “por su ubicación, riqueza y feracidad, denota haber sido creada para dar la ley al mundo todo; se anuncia “a los pueblos que está restablecido el imperio más rico del globo”. (1995: 30-31)

Este es el nuevo país y esta es la situación que hay que ordenar; por eso el siglo XIX es el siglo de la profesionalización de la escritura; por tanto, es el siglo de la historia y la literatura, de la memoria y el presente. Los escritores, intelectuales y pensadores mexicanos ocuparon sus vidas en la escritura y, a la vez, en la acción. Retomaban así paradójicamente el viejo blasón español encarnado por Garcilaso, metonimia de la armonía entre las armas y las letras, entre la acción y la reflexión; vidas que, a partes iguales, se desempeñaban en la tribuna pública y el espacio recoleto del escritorio. Se suceden así nombres y figuras, de distinto signo intelectual y político, que, sin embargo, comparten el mismo compromiso vital. Desde fray Servando Teresa de Mier, autor de *Las cartas americanas*, tan cercano en tantos puntos con ese heterodoxo español José María Blanco White y sus *Letters from Spain*. De hecho, fray Servando colaboró como polemista en el diario del

sevillano, *El Americano* (Domínguez Michael 2004: 274). La libertad de prensa aparece como uno de los factores decisivos que operaron en la constitución del nuevo país, aunque luego se convirtiera en el caballo de batalla de las promociones intelectuales posteriores. Era natural que así fuera: una vez constituido el gobierno surgido de la Independencia, el político le dio la espalda al escritor. Pero el escritor no dudó en reivindicar igualmente su imagen pública para enfrentarse al poder político. De esta manera, nace pronto en México el intelectual comprometido con la verdad y la justicia, objetos que han hecho de los mejores, las referencias en pleno siglo XX.

Según Ángel Rama, el escribiente, antecedente del intelectual latinoamericano, nació para respaldar y dar sentido al orden que lo había establecido la presencia española; no como una voz discrepante y disconforme respecto al orden establecido, sino precisamente como una voz conforme y acorde con ese poder que lo legitimaba y al que, a la vez, legitimaba:

Para llevar adelante el sistema ordenado de la monarquía absoluta, para facilitar la jerarquización y concentración del poder, para cumplir su misión civilizadora, resultó indispensable que las ciudades, que eran el asiento de la delegación de los poderes, dispusieran de un grupo especializado, al cual encomendar esos cometidos. Fue también indispensable que ese grupo estuviera imbuido de la conciencia de ejercer un alto ministerio que lo equiparaba a una clase sacerdotal. Sino el absoluto metafísico, le competía el subsidiario absoluto que ordenaba el universo de los signos, al servicio de la monarquía absoluta de ultramar. (2009: 59)

Esta situación trascendió el momento de su operatividad para mostrar su vigencia todavía en pleno siglo XX, pero no hace sino corroborar la tesis principal del libro de Rama, los grupos intelectuales:

Por su condición de servidores de poderes, están en inmediato contacto con el forzoso principio institucionalizador que caracteriza a cualquier poder, siendo por lo tanto quienes mejor conocen sus mecanismos, quienes más están entrenados en sus vicisitudes y, también, quienes mejor aprenden la convivencia de otro tipo de institucionalización, el del restringido grupo que ejercita las funciones intelectuales [...] No sólo sirven a un poder, sino que también son dueños de un poder. (Rama 2009: 69).

La denuncia de Rama respecto de los intereses de los grupos intelectuales amparados por el poder podría aplicarse desde la independencia de los países hispanoamericanos; pero hay algunas condiciones que distinguen la acción de éstos en el siglo XIX. Quizás convenga subrayar que, dado el alto índice de analfabetismo de México durante el primer cuarto del siglo XIX, muchos de los hechos de armas que salpicaron ese siglo se transmitieron de manera oral; algo que explica la vitalidad de estos géneros en la actualidad. Entre ellos, el romance de origen peninsular operó como el medio privilegiado para la trasmisión de gestas vinculadas a la nacionalidad, a esa primera idea de nación. Los ejemplos son muchos y variados, pero todos ellos dan cuenta de una nación en ciernes urgida de consolidar un espíritu nacional. Junto con la tradición oral y popular, la oratoria se convierte en otro género decisivo fundado en las arengas y soflamas incendiarias y beligerantes que alertaban de la necesidad

tanto de preservar a la naciente nación como de consolidar las jóvenes instituciones. La oratoria buscaba la institucionalidad.

Para los letrados e integrantes de la ciudad letrada, se suceden nombres y protagonistas sin solución de continuidad; todos ellos animados por el espíritu de los nuevos tiempos, es decir, la necesidad de consolidar una nación naciente y, a la vez, combatir contra sus enemigos. Primero durante la independencia política, y luego en el periodo revolucionario, la escritura se convierte en un arma de combate al servicio de esas posturas.

Lucas Alamán escribe sus *Disertaciones*; Ignacio Ramírez, espíritu inquieto y revolucionario, despliega su actividad aquí y allá; Ignacio Manuel Altamirano encumbra a los héroes de Querétaro; Guillermo Prieto, autor de *Lecciones de historia patria*, establece una relación natural entre el individuo y la sociedad a la que se debe. El panorama cultural del siglo XIX aparentemente aparece fragmentado y disperso; sin embargo, existe una unidad de ideas y de acción: la que proporciona el pensamiento político e ideológico. La pluma definitivamente se convirtió en una servidumbre.

Junto a las noticias y arengas que conformaron la tradición oral y dotaron de sentido las asonadas y algaradas oratorias, la literatura nacional comenzó a adquirir personalidad propia. El siglo XIX es el siglo de esa personalidad y expresión. José Luis Martínez propone cuatro etapas en el desarrollo de la literatura decimonónica mexicana; que coinciden más o menos en su duración y muy a propósito para abarcar ese siglo: el primero comprende los años que van entre 1810 y 1836, años relativos a la guerra de la Independencia, cuyo principal medio impreso es el *Diario de México* que se caracteriza por vehicular todavía, formas dieciochescas que

sobreviven en un relativo neoclasicismo, surge entonces la literatura insurgente, irrumpe Fernández de Lizardi (1776-1827) como “la voz del mestizo que expresa al pueblo”.

Una vez que triunfa la Independencia, aparece la literatura cívica, habitualmente ligada a temas y asuntos patrióticos, junto con cierto romanticismo que se traduce en una escritura que privilegia tanto el color local como los planteamientos ideológicos y doctrinarios. La poesía de este periodo se debate entre las loas a la patria y la poesía cívica; se suceden los poetas como Francisco Manuel Sánchez de Tagle (1782-1847) o Andrés Quintana Roo (1787-1851); si el primero cantó a José María Morelos, el segundo participó activamente en la causa insurgente mediante proclamas y discursos. Pero la transformación más decisiva vino de la pluma de José Fernández de Lizardi, conocido como el Pensador Mexicano, que consiguió abandonar una literatura amanerada y manoseada, para trasladar la lengua de la calle a la literatura; así *El Periquillo Sarniento* (1816) se puebla de figuras populares como aguadores, barberos, mendigos, traperos, etc. La poesía también se contagia de este proceso de mexicanización: por ejemplo, Juan José Martínez de Lejarza (1785-1824) crea un paisaje mexicano, trasunto del clásico. Todo indica que el movimiento de independencia abocó a los escritores a una búsqueda de la expresión nacional, pero en esta etapa aún temprana, esa incipiente búsqueda se desarrolló a tientas y, en ocasiones, con poca convicción, pero la semilla estaba sembrada y habría de caracterizar el siglo.

Al lado de este movimiento de las letras, se fundaron instituciones que en lo cultural dieron cuenta de los nuevos tiempos traducidos por la filosofía moderna: la Academia de San Carlos, el

Colegio de Minería y un Jardín Botánico. Se instauró un clima de discusión y libre examen y esas nuevas ideas, en particular las políticas, favorecieron el surgimiento del discurso que alentó y legitimó el movimiento de Independencia. La insurgencia estuvo acompañada de un amplio movimiento de educación, como subrayaba no sin un excesivo optimismo, José María Luis Mora, en *México y sus revoluciones* (1836), afirma que “El número de escuelas de primeras letras establecidas en México después de la Independencia a consecuencia de la adopción del sistema federativo, excede a toda ponderación”. Desde el principio se impulsó la educación elemental, primaria y secundaria mediante la multiplicación de centros educativos conocidos como la Amiga, pero la organización y la oferta educativa se abrió paso lentamente a lo largo del siglo XIX y del siglo XX. En cuanto a la reforma superior, el primer reformista que merece este nombre fue Lucas Alemán (1792-1853) que acometió la primera reestructuración en 1830 redistribuyendo las cátedras según su especialización: El Colegio de San Ildefonso acogió las cátedras de Derecho, Ciencias Políticas y Económicas, y la Literatura Clásica; El Colegio de minería dio cabida a las Ciencias Físicas y Médicas. Pero es el 21 de octubre de 1833 que se cierra la Real y Pontificia Universidad de México por obsoleta; en su lugar, se constituyó una Dirección General de Instrucción Pública de ámbito nacional; poco después se ordenó la educación superior en cinco escuelas: la primera, de Estudios Preparatorios; la segunda, de Estudios Ideológicos y Humanidades; la tercera, de Ciencias Físicas y Matemáticas; la cuarta, de Ciencias Médicas; y la quinta, la de Jurisprudencia. (Martínez 1993: 38)

La segunda etapa, según Martínez, está acotada por los años 1836 y 1867 corresponde al periodo plenamente romántico. La no-

vedad de este periodo es que, por primera vez, surge una generación propiamente mexicana. Se trata de una literatura sometida a las exigencias y urgencias ideológicas que se polarizan en torno a dos posiciones enfrentadas: liberales y conservadores; dos posturas que acogen a la generación romántica. El punto de encuentro de esta novísima generación es la Academia de Letrán de la que surgen publicaciones periódicas tan numerosas como efímeras; la literatura de este periodo se vuelca en las costumbres y el paisaje mexicano. Es un periodo de conformación de la cultura nacional a pesar de las convulsiones sociales como el santanismo, la invasión norteamericana, la guerra de reforma, la intervención francesa y el Imperio, etc. Un periodo que enfrenta a los escritores, artistas e intelectuales, muchos de los cuales pierden trágicamente la vida. Son los años de la poesía lírica de origen romántico, del inicio de la novela sentimental y del folletín, del nacimiento del teatro que rápidamente se posiciona en ese panorama convulso de las armas y las letras. Aparecen publicaciones periódicas ambiciosas y de envergadura como *El Siglo XIX* que llega a la calle en 1841 y *El Monitor Republicano* en 1844.

El movimiento romántico mexicano está marcado por la presencia del cubano José María Heredia (1803-1839) que se volvió un modelo y un paradigma y que, entre sus contribuciones, destaca el relegamiento de la estética neoclásica que había pervivido hasta 1836. La generación romántica mexicana se destaca también por la tragedia y el infortunio: Juan Díaz Covarrubias (1837-1859), poeta, es fusilado por el bando conservador en Tacubaya cuando no había cumplido los veintitrés años; a los veintisiete de edad muere de fiebre amarilla el también poeta Ignacio Rodríguez Galván (1816-

1842); Florencio M. del Castillo (1828-2863) muere por las mismas causas pero prisionero en San Juan de Ulúa; Marco Arróniz (1838-1870) primero sucumbió a la locura y, más tarde, fue asesinado; Manuel Acuña (1849-1873), el más reconocido poeta de ese periodo, se suicida a los veinticuatro años. Sin embargo, este grupo tan importante por tantas cosas y digno trasunto de la fiebre romántica que años antes había assolado Europa, colaboró de manera activa en la creación de la Academia de Letrán, una institución del México independiente destinada en primera instancia a indagar en la expresión de lo nacional. Con una vida que alcanzó los cuatro lustros, su actividad más relevante tuvo lugar al poco tiempo de su fundación en 1836. Entre sus muros y paredes se cobijaron representantes de esa rebelde juventud romántica: Guillermo Prieto, Ignacio Rodríguez Galván, Fernando Calderón, José María Lafragua, José María y Juan Nepomuceno Lacunza, Ignacio Ramírez, José Joaquín Pesado, Manuel Carpio, José Bernardo Couto, Francisco Manuel Sánchez Tagle, Andrés Quintana Roo y Manuel Eduardo de Gorostiza. Escritores de diferentes generaciones y gustos literarios que mezclaban el neoclasicismo, el academicismo, el romanticismo, los anteriores coincidieron en la necesidad de dotar a las letras nacionales de una personalidad propia, de un temperamento y carácter verdaderamente nacionales. Guillermo Prieto en *Memoorias de mis tiempos* (1903) dejaba testimonio de esta Academia:

Para mí, lo grande y transcendental de la Academia, fue su tendencia decidida a mexicanizar la literatura, emancipándola de toda otra y dándole carácter peculiar. Los folletos políticos y los poemas patrióticos dieron el primer impulso a aquella tendencia que aparecía como intermitente desahogo de la manera de ser. Al-

guna oda de Tagle, los cantos de Ortega, don Francisco, y de Lacunza, o “La batalla de Tampico”, ya tuvieron más formales aspiraciones: pero realmente no pueden mencionarse como características. No así en Letrán; que aunque había sus imitadores, sin plan y sin premeditación, se procuraba exponer flores de nuestros vergeles y frutas de nuestros huertos deliciosos.

Besado en su novelita intitulada *El inquisidor de México*, Pacheco en su “Criollo”, Ortega en “Netzula”, Rodríguez Galván en su “moza”, en su *Manolito el pisaverde*, en su *Privado del virrey*, Calderón en su “Aldea”, y yo en mi “Insurgente”, en varias odas y en romance, nos referíamos: Pesado a los horrores de la Inquisición, Pacheco a la condición degradante de los criollos en México, Ortega a los aztecas, Rodríguez, Calderón y yo, a nuestras costumbres, cuyos cuadros me había yo atrevido a exponer al público en *El Domingo*, periódico que redactábamos Camilo Bros y yo, pronunciándonos contra los vicios de la educación clerical y de los sistemas de estudio. (Martínez 1993: 46)

Pero la Academia de Letrán representó algo más que aquello que transcurría entre sus muros: fue un modelo y un paradigma imitado en toda la República en un periodo sometido a las luchas y revueltas, a las guerras y revoluciones, a la resistencia y la invasión. Cuando los centros que debían hacer frente a la educación de los ciudadanos del país recién nacido sintieron que ya no podían ir más allá, se multiplicaron las asociaciones culturales que desempeñaron “funciones que corresponden a los institutos de cultura superior” (Martínez, 1993: 47). Al lado de las asociaciones y cenáculos artísticos y culturales aparecieron diferentes publicaciones, generalmente de periodicidad semanal: *El Ateneo Mexicano* (1844), *El*

Registro Yucateco (1845-1847 y 1849), *El Mosaico* (1849-1850), *El Ensayo Literario* (1850-1852). Pero, quizás, las empresas culturales más relevantes fueron dos periódicos: *El Siglo XIX* y *El Monitor Republicano*; José Luis Martínez los describe así:

El esquema que seguían éstos y los demás periódicos de la época era muy diferente al actual. Las noticias ocupaban lugar secundario y espacio reducido, ya que la información más bien se confiaba a extensas crónicas de acontecimientos políticos, parlamentarias, extranjeras y de varia divagación, que se alternaban. Se insertaban informaciones comerciales, de transportes y económicas y se publicaban documentos oficiales. Los anuncios mercantiles ocupaban muy corto espacio. A menudo y en lugares preferentes aparecían poemas, cuentos, estudios históricos y científicos, artículos misceláneos y cuadros de costumbres y, casi regularmente, en la parte baja del periódico, en el “folletón”, se publicaban por entregas libros, lo mismo de autores nacionales que extranjeros. Los dos beneméritos periódicos subsistieron, casi sin variación, hasta las postrimerías del siglo cuando ambos fueron vencidos por el periodismo industrial moderno, al que no quisieron o no supieron adaptarse. (Martínez 1993: 50-51).

Hacia 1850, los intelectuales y hombres de cultura, pocos en una sociedad en la que uno de cada diez sabían leer y escribir, se decidió a dirimir los graves problemas que acuciaban al país generados por la pérdida de territorio patrio, la pobreza del pueblo, la inacabable guerra civil y el desorden de la administración pública. Así, surgen los dos partidos que caracterizarán el siglo: el liberal y

el conservador. Los liberales tenían escasos recursos, una formación habitualmente en leyes y juventud; los conservadores eran más o menos acomodados, de profesión preferentemente eclesiástica o militar. Pero unos y otros coincidían no sólo en pertenecer a la clase ilustrada del país, sino también en tener una idea parecida de México. Si el partido conservador encontró en Lucas Alamán su cabeza visible, el liberal encumbró a Benito Juárez. (González y González: 43-52)

La tercera etapa corresponde a los años 1867-1889: son los años del triunfo de la república liberal y del impulso nacionalista y de concordia que propaga Manuel Ignacio Altamirano. A diferencia de lo que puede pensarse en primera instancia, no se trata de una revolución de las ideas y las formas, no hay una negación explícita del pasado; por el contrario, es una etapa marcada por la maduración de las ideas de la etapa anterior así como de la corrección de esas mismas ideas en la medida que se desvían de esa idea de lo nacional y republicano. Altamirano es la personalidad señera de ese momento y bajo su impulso se cohesiona un programa ambicioso y coherente. Como dice Martínez “este programa, que llega a ser empresa nacional de integración cultural, la literatura, el arte, la ciencia y la historia, se cultivan con laboriosidad y entusiasmo singulares por liberales y conservadores, reunidos al menos por unos años gracias a la concordia proclamada” (1993: 26). Un periodo que hacia el final, en 1886, culmina con la polémica en el Liceo Hidalgo entre Pimental y Altamirano: el primero a favor del casticismo y en contra de los excesos de la independencia lingüística, mientras que el segundo abogaba por una independencia también en lo cultural que encuentra su mejor expresión en la necesidad de su independencia. Pero esta etapa aparece marcada por

dos acontecimientos tan visibles como decisivos: la creación de las Veladas Literarias promovidas por Altamirano entre 1867 y 1868. En torno a estas veladas se daban cita los escritores e intelectuales más sobresalientes del momento COMO: Guillermo Prieto, Manuel Payno, Ignacio Ramírez, Vicente Riva Palacio, Luis G. Ortiz, José Tomás de Cuéllar, Juan A. Mateos, Justo Sierra, Juan de Dios Peza y, desde luego, el propio Altamirano.

Reuniones que aglutinaban a escritores de diferentes generaciones, un rasgo que heredarán las revistas y tertulias del siglo XX, en las que es difícil encontrar una publicación que discrimine a integrantes de promociones distintas a la que promueve la publicación. En este caso, las Veladas reunían a escritores de tres generaciones, las mismas que sintieron la necesidad de sacar a la luz una revista que se erigiera en el emblema más notorio de la nueva reconstrucción del espíritu nacional, de estas inquietudes surgió la revista *El Renacimiento* (1869). Como las Veladas, la nueva revista no fue una plataforma de grupo, sino que buscó conciliar y vehicular la expresión de las diferentes promociones activas en materia cultural y literaria. Así, *El Renacimiento* es un mosaico riguroso y preciso de ideas y sentimientos, inquietudes y exaltaciones, argumentos y sinrazones, que, sin embargo, dan cuenta del estado de la cultura mexicana en ese momento preciso. A la amalgama de propuestas, hay que añadir la pugna ideológica que se da cita igualmente en sus páginas; un esfuerzo que se tradujo efectivamente en aquello mismo que se anunciaba desde el título de la publicación: un renacimiento de la cultura mexicana, donde lo importante era lo mexicano antes que la postura política e ideológica particular de sus colaboradores.

Esta textura moral y ética de la publicación tuvo como efecto casi inmediato el resurgimiento de la vida intelectual en el país entre 1867 y 1889, un impulso y un movimiento accionado y promovido por Altamirano. Conviene señalar que en 1875 se creó la Academia Mexicana, correspondiente de la española. Pero acaso lo más destacado de este periodo es la creación de revistas y publicaciones periódicas en una inercia que procedía de la etapa inmediatamente anterior y que, además de darle continuidad, la fortaleció y se tradujo en una abundancia de libros y estudios que vieron la luz. Así, aparecen *El libro rojo* (1871), *Los gobernantes de México*, *Hombres ilustres mexicanos*, *Álbum del ferrocarril mexicano* (1877), *México pintoresco, artístico y monumental*, *México a través de los siglos* o el *Atlas geográfico, estadístico, histórico y pintoresco de la República Mexicana*. Otro hito importante del periodo fue la polémica entre Manuel Ignacio Altamirano y Francisco Pimental y Heras en torno a la literatura nacional. Mientras el primero se posiciona como un férreo defensor del academicismo y casticismo frente a los valores románticos y revolucionarios mantenidos por Altamirano. (Martínez 1993: 55-61).

El último periodo comienza en 1889 y está marcado por la irrupción de la generación modernista que acabó por imponer sus gustos y su estética. La singularidad de esta etapa y de la generación que la representa reside en que así como las anteriores dependieron de las circunstancias sociales, políticas y económicas, esta última se debe a un movimiento exclusivamente cultural y estético. El modernismo mexicano abdica de sus responsabilidades sociales y arrumba al artista a su taller de trabajo, dejando la cosa pública para los políticos profesionales. El fin de siglo mexicano producirá

una herida profunda en la imagen del intelectual que tardará veinte años en sanar y necesitará una nueva promoción representada por el Ateneo de la Juventud que procuró recobrar el prestigio perdido del intelectual para enfrentar en ese momento su importancia en la etapa revolucionaria. El Ateneo, trató de borrar la imagen del bohemio despreocupado de los asuntos públicos y entregado a una existencia al servicio del arte y las musas (Quintanilla: 2008).

El poeta modernista rompe con la sociedad y ésta con él. Diferentes publicaciones dan cuenta de este proceso y de esta estética que oscila igualmente entre el decadentismo, el modernismo y las aristas más arriesgadas del esteticismo del fin de siglo: *La Juventud Literaria* (1887-1888) se erige en la empresa periódica en la que convergen tanto el romanticismo como las primeras inquietudes modernistas: junto con Altamirano aparecen ya los primeros modernistas; nombres que caracterizarán y dotarán de personalidad los últimos años del siglo: Luis G. Urbina, Jesús E. Valenzuela, Manuel Gutiérrez Nájera, Manuel Puga y Acal, Salvador Díaz Mirón, Federico Gamboa o Carlos Díaz Dufoó. La *Juventud Literaria* fue una publicación históricamente relevante precisamente por la unión de la vieja y la nueva generación literaria, pero a diferencia de lo que aconteció, por ejemplo, en España, la lucha generacional en México no fue tal: ni los jóvenes renegaron de sus mayores, ni éstos de aquéllos; al contrario, la convivencia fue afectuosa y cálida, aunque la nueva promoción no claudicó ni renegó de su propia sensibilidad y de sus urgencias. Hasta cierto punto, la ausencia de beligerancia y conflicto entre generaciones ha marcado en México la vida de sus revistas y publicaciones también en el siglo XX. Posiblemente esta actitud conciliadora antes que polémica se debe a la adoptada a lo

largo del siglo XIX y, en particular, durante la etapa modernista. El Modernismo, sin embargo, fue un movimiento que se reprodujo con la misma intensidad en toda Hispanoamérica, pero si hay un momento inaugural ese fue la publicación de Rubén Darío con *Azul* (1888). Precisamente, este título está en el origen de una publicación mexicana, la *Revista Azul* (1894-1896) supone el reconocimiento de la nueva propuesta cultural y literaria y su carta de naturaleza en el panorama nacional, dirigida hasta su fallecimiento por Gutiérrez Nájera. José Luis Martínez describe la aventura de las colaboraciones de la revista en una época tan difícil de la comunicación pues:

Durante los tres años en que la revista se publica incluye colaboraciones de 96 autores hispanoamericanos, seguidores del modernismo, de 16 países, sin contar los mexicanos. Darío va a la cabeza con 54 colaboraciones, y le siguen Del Casal y Chocano, con 19 cada uno, y Martí con 13. Los autores franceses traducidos llegan a 69, entre ellos Baudelaire, Barbey D'Aurevilly, Copée, Gautier, Heredia, Hugo, Leconte de Lisle, Richepin, Sully Prudhome y Velaine, los cuales notoriamente superan en número de españoles que sólo son 32. Y de otras nacionalidades se traduce también a Heine, Wilde, Ibsen, D'Annunzio, a los grandes novelistas rusos y a Poe. En esos años de comunicaciones precarias, parece una hazaña esta circulación que lograron establecer los modernistas para conocerse y leerse entre sí y divulgar sus obras en las revistas literarias. (Martínez 1993: 66).

Pero conviene añadir que el Modernismo, tanto en México como en América Latina, se deslizó hacia la sensibilidad más poética del fin de siglo, el decadentismo. Es precisamente esta es-

tética la que originó polémicas en el interior del movimiento, al exacerbar una serie de cualidades y características que parecían, cuando menos, extemporáneas dadas las condiciones del país: sensualidad, erotomanía, hiperestesia, la exacerbación de los sentidos propiciada por enervantes y sustancias varias como la absenta, el opio o la morfina, necrofilia. Precisamente esta dicotomía, produjo algunas de las polémicas decisivas que marcaron estos años; unas polémicas que subrayaban la inadecuación entre esa estética y la realidad social, política y económica de México.

Así, Victoriano Salado Álvarez arremete con fuerza contra el decadentismo por el alejamiento de la sociedad al que sometía a sus adeptos, pero las reconvenciones de Salado no pasaron desapercibidas sino que fueron igualmente contestadas por Amado Nervo y Jesús E. Valenzuela. Con todo, estas polémicas permitieron advertir los efectos benéficos de la nueva literatura en el panorama nacional: en efecto, el romanticismo ya no parecía un movimiento que pudiera revitalizar una expresión a la vez postrada y lexicalizada, en un momento en que las exigencias culturales del país demandaban esa misma revitalización en la medida que el país exigía una nueva expresión. El Modernismo aportaba, junto con una estética definida, una ética que convertía el arte en medio de indagación y exploración personal; un viaje para el que los escritores y artistas necesitaban sus propias alforjas, urdidas en el taller modernista. Esta aventura personal estaba reñida con la vocación pública de los artistas, de manera que esa escisión se fue ampliando y relegando al intelectual de la sociedad, hasta que modernismo y sociedad se convirtieron en términos antagónicos. Pero todavía tenían que pasar algunos acontecimientos decisivos para el modernismo mexicano.

Entre 1898 y 1911 aparece la *Revista Moderna* que expresa la madurez del movimiento modernista mexicano pero que, a su vez, recoge manifestaciones de este movimiento en América Latina; se trata de una publicación que da cabida tanto a poetas y narradores, como a escultores, pintores y músicos. Da la impresión que el advenimiento del Modernismo se debió antes al cansancio del romanticismo más beligerante que, en literatura, devino pintoresquismo y color local, como trasunto del más acendrado costumbrismo peninsular. La *Revista Moderna* jalona la última década plenamente modernista y asiste a su declive crepuscular que se prolonga hasta entrado los años veintes del nuevo siglo.

Valenzuela fue su director desde el primero hasta el último número, su muerte coincide con la desaparición de la publicación. Como ya había ocurrido con la *Revista Azul*, el grupo originario, al principio cerrado y reactivo a otros colaboradores que no procedieran de su mismo grupo, pronto se abrió a integrantes de otras promociones y tendencias artísticas y literarias como Manuel José Othón, José López Portillo, Rafael Delgado y Francisco Gamboa. *La Revista Moderna* tuvo, más allá de otros méritos, el de convertirse en un espacio al servicio de todas las formas y maneras de expresión artística y literaria. Escribe José Luis Martínez:

Las ilustraciones de Julio Ruelas (1870-1907) y sus espléndidas “máscaras” de escritores crearon y mantuvieron el estilo plástico de la revista. Junto a Ruelas intervinieron otros pintores-dibujantes, como Leandro Izaguirre, Germán Gedovius, Ramos Martínez y el mismo Tablada. El escultor Jesús Contreras estuvo también ligado al grupo de la *Revista Moderna*. Asimismo colaboraron en

ella los compositores Gustavo E. Campa, Felipe Villanueva, Ernesto Elorduy y Ricardo Castro, y puede reconocerse también en sus obras un modernismo musical, paralelo al literario. (1993: 71).

Pero conviene subrayar que una de las características del grupo de la Revista Moderna fue aquella que los vinculaba con los poetas malditos, de quienes heredaron e imitaron sus hábitos, y que propiciaron una vida dedicada a la bohemia y la disipación. Era natural que algo así sucediera, sobre todo si se atiende al creciente prestigio que la cultura francesa había recibido a finales del siglo XIX y que había invadido de muchas maneras la vida en México en el fin de siglo. El afrancesamiento en el diseño y la arquitectura urbana era sólo el síntoma del mismo contagio en todos los ámbitos de la vida artística y cultural. Belem Clark de Lara es autora de un breve pero preciso ensayo, “¿Generaciones o constelaciones literarias?” (Clark 2005: 11-46), que a partir de criterios rigurosamente historiográficos propone una periodización de la literatura mexicana del siglo XIX; pero para fines de este ensayo es más relevante la propuesta sociológica de Carlos Monsiváis ya que demuestra que la vida literaria del México de finales del siglo XIX está estrechamente ligada a la ciudad y, sobre todo, al afrancesamiento de la urbe. Así escribe, en la sección titulada elocuentemente “La ciudad porfiriana y la República de las Letras”, que:

Durante el régimen de Porfirio Díaz (1876-1911, con una interrupción de cuatro años), la vida cultural se ciñe en lo fundamental al festejo de los creadores reconocidos, músicos, artistas plásticos y, más específicamente, poetas, los privilegiados por antonomasia, porque

la poesía es entonces el género de géneros, el único “bien espiritual que, con información muy desigual y emoción semejante, comparten los funcionarios, los clérigos, las amas de casa, los estudiantes, los profesionistas, incluso los analfabetas. [...] En la división del trabajo de la ciudad que crece, a la poesía se le encargan las calidades sensibles de la sociedad, su dimensión espiritual en suma. De allí que los poetas reconocidos sean monumentos vivos, señales de la grandeza del idioma que, con voluntad democrática, conversan, pasean por las calles y leen su obra en ceremonias especiales. Al llegar un poeta consagrado a la ciudad, la multitud se vuelca en las calles, lanza vítores, descubre a gritos su fe en los poderes de la vida espiritual fuera de los templos. (Monsiváis 2005: 100-101)

Al nuevo espacio ciudadano de inspiración francesa le correspondió igualmente una literatura de sensibilidad afrancesada. La cultura europea y, en particular, la francesa, se convirtió en la referencia de las maneras artísticas y culturales del México porfirista. Según Monsiváis, será “lo francés el signo de distinción”. 1910 marca otro hito en la historia de México, el inicio de la revolución. La revuelta armada incidió en la postura que los intelectuales y hombres de cultura hubieron de adoptar, del mismo modo que en 1821 se habían transformado para afrontar las consecuencias de la emancipación. Pero el país se había transformado demasiado como para equiparar los dos acontecimientos. Si el hombre de cultura a lo largo del siglo XIX se había distinguido no sólo por formar a las nuevas generaciones de mexicanos ampliando y extendiendo las acciones de educación y alfabetización y, además, implicándose él mismo en los procesos que dotaran de una expresión y una per-

sonalidad definida al sentimiento nacional, las dos últimas décadas del siglo XIX muestran ya a unos intelectuales y artistas cada vez menos interesados en la cosa pública que heredan con absoluta naturalidad una bohemia que los alejaba de la sociedad y los recluía en sus propios designios y complacencias. Esta promoción, la última del Modernismo, se mostró incapacitada para acometer aquello que a mediados de la primera del siglo XX parecía tan inaplazable como inminente: la revolución, un movimiento que necesitaba a otros hombres de cultura más comprometidos con los procesos políticos y sociales que legitimaran ese proceso.

Aparece así el Ateneo de la Juventud que aglutinó a las cabezas más privilegiadas y comprometidas en los albores del siglo XX y que habrían de dotar de sentido y significado esa lucha y sus consecuencias de todo tipo en los diferentes ámbitos de la vida nacional. Carlos Monsiváis señala que:

En 1908, ante los ataques del periódico conservador *El País*, se organiza una sesión en la Preparatoria en memoria de Gabino Barreda: un acto teatral y discursos que, según Reyes, resultan “como la expresión patente de una conciencia pública emancipada del régimen”. En 1909, ciclo de conferencias de Antonio Caso sobre la filosofía positivista. El 28 de octubre de 1909 se funda el Ateneo de la Juventud. Vasconcelos, en una conferencia de 1916, proporciona una lista de participantes: los escritores Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Julio Torri, Enrique González Martínez, Rafael López, Roberto Argüelles Bringas, Eduardo Colín, Joaquín Méndez Rivas, Antonio Médez Bolio, Rafael Cabrera, Alfonso Cravioto, Martín Luis Guzmán, Carlos González Peña, Isidro Fabela, Manuel

de la Parra, Mariano Silva y Aceves, José Vasconcelos; el filósofo, Antonio Caso; los arquitectos Jesús Acevedo y Federico Mariscal; los pintores Diego Rivera, Roberto Montenegro, Ramos Martínez; los músicos Manuel Ponce y Julián Carrillo. (1981: 1391-1392).

Esta extraordinaria promoción puso las bases intelectuales para el relevo del porfirismo en el ámbito cultural y educativo y, a la vez, justificó ese mismo cambio apostando por la revuelta que habría de culminar en la revolución. Los ateneístas se enfrentaron al Porfiriato en una clara muestra de rebeldía que habría de instalarse con fuerza en el interior del grupo como una de sus señas de identidad; a la vez, abdicaron mediante el ejercicio crítico del positivismo para impulsar un retorno al humanismo y a la cultura clásica; a diferencia de los modernistas, apelaron al rigor y la disciplina en su trabajo intelectual urgidos por las carencias y necesidades del país en ese momento; frente a la moral porfirista oponen una revolución moral que acompañan de un nuevo significado del trabajo científico y cultural. Los ateneístas fueron en términos nacionales la generación que hizo posible que México inaugurara el nuevo siglo con garantías para responder a unos retos que no podían demorarse y que asentó las bases para que la cultura tuviera un importante protagonismo en el siglo XX una vez que, tras la revolución, se asentaron y estabilizaron las mismas instituciones que habían contribuido a edificar.

Bibliografía

- CLARK DE LARA, BELEM (2005): “¿Generaciones o constelaciones?”. En Clark de Lara, Belem y Speckman Guerra, Elisa (eds.): *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico. Ambientes, asociaciones y grupos. Movimientos, temas y géneros literarios*. T. 1. México: UNAM.
- DOMÍNGUEZ MICHAEL, CHRISTOPHER (2004): *Vida de Fray Servando*. México: Era/ Conaculta/ INAH.
- GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, LUIS (1995): *El siglo de las luchas. Obras Completas*. T. 5. México: Clío-El Colegio Nacional.
- KRAUZE, ENRIQUE (1994): *Siglo de caudillos*. Barcelona: Tusquets.
- KRAUZE, ENRIQUE (1985): *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*. México: SEP-Siglo XXI.
- MARTÍNEZ, JOSÉ LUIS (1993): *La expresión nacional*. México: CNCA.
- MONSIVÁIS, CARLOS (2005): “Del saber compartido en la ciudad indiferente. De grupos y ateneos en el siglo XIX”. En Clark de Lara, Belem y Speckman Guerra, Elisa (eds.): *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico. Ambientes, asociaciones y grupos. Movimientos, temas y géneros literarios*. T. 1. México: UNAM.
- MONSIVÁIS, CARLOS (1981): “Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX”. *Historia general de México*. T. 2. México: El Colegio de México, pp. 1375-1548.
- QUINTANILLA, SUSANA (2008): *Nosotros. La juventud del Ateneo de México. De Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes a José Vasconcelos y Martín Luis Guzmán*. México: Tusquets.

- QUIRARTE, VICENTE (2009): “México entre dos amaneceres: las armas en las letras”. En *20/10. Memoria de las revoluciones en México*, núm. 6, pp. 185-213.
- RAMA, ÁNGEL (2009): *La ciudad letrada*. Pról. Eduardo Subirats y Erna von der Walde. Madrid: Fineo.